

IDENTIFICACIÓN SEXUAL Y «TRANSIDENTIDAD». UNA CONTRIBUCIÓN METAPSICOLÓGICA A LA GÉNESIS DEL YO¹

Susann Heenen-Wolff²

RESUMEN

Clásicamente, la transexualidad o «transidentidad» ha sido considerada como una expresión de un trastorno grave de la personalidad, y desde 2013 como «disforia de género» (DSM5). Sin embargo, parece que incluso las personas con un funcionamiento psíquico de tipo neurótico pueden aspirar a la reasignación de género; no parecen sentirse identificadas con su propio cuerpo anatómico, aunque puedan amar, trabajar y ser creativas. El autor trata de aportar una contribución metapsicológica a la génesis de la identificación de género que haga comprensible este hecho.

Palabras clave

Transexualidad/transidentidad. Género/anatomía. Construcción del yo. Sexual. Identificación primaria y secundaria.

ABSTRACT

From a classical viewpoint transsexuality or “transidentity” is considered as a manifestation of an important personality-disorder, recently as a gender dysphoria (DSM). However, it seems to become evident that also people with a mostly neurotic psychic functioning might seek for transition to the other gender. They do not identify with their own anatomical body but nevertheless are creative and can love, work and enjoy. The author contributes with a meta-psychological reflection about the genesis of gender identification in order to understand this fact.

Key words

Transsexuality/trans-identity. Gender/anatomy. Construction of the Ego. Sexual. Primary/secondary identifications.

Introducción

El fenómeno de la transidentidad³ es un reto para la teoría psicoanalítica (Gherovici, 2017). La identificación con el propio sexo anatómico parece tan evidente que cualquier desviación parece remitir a

¹ Título original: *L'identification sexuelle et «transidentité»* – Contribution métapsychologique sur la genèse du Moi. Traducción: Lorenza Escardó

² Psicoanalista (IPA), profesor de Psicología Clínica, Universidad de Lovaina, Bélgica; susann.wolff@uclouvain.be

³ La noción de “transidentidad”, en la literatura correspondiente, se prefiere cada vez más a la de transexualidad. La evasión de lo sexual es, tal vez, legítima aquí, tal y como en mi argumento, porque el fenómeno se debe a la imagen de sí mismo y solo después se convierte en “sexual”, en el sentido más específico del término.

una psicopatología significativa (Benjamin, 1954; Stoller, 1968), por ejemplo, a una identificación temprana con el «padre equivocado» (Gherovici, 2017, p. 59).

«A lo largo de las décadas, la transexualidad se ha relacionado con prácticamente todas las nosologías existentes de forma más o menos clara: psicosis, neurosis, casos límite, fetichismo, masoquismo, perversión negativa, homosexualidad, reacción de pánico homosexual (la llamada enfermedad de Kempf), intersexualidad, neuroendocrinopatía, discordancia de antígenos H-Y, etc» (Sigusch, 1995, p. 813, traducción de la autora).

Las primeras dudas sobre esta convicción —que no ha sido argumentada desde el punto de vista psicoanalítico— han aparecido en los últimos años, también por parte de algunos psicoanalistas (resumen en: Gherovici, 2017). Autores como Chiland (2003), Quinodoz (1998) o Stein (1998) habían publicado contribuciones clínicas que mostraban puntos de vista muy matizados, pero que no conducían a nuevas reflexiones metapsicológicas. Sigusch (1995) ya se preguntaba, hace algunos años, cómo era posible que personas —quizás «desconcertantes»— sean etiquetadas como enfermas, «aunque amen, trabajen, sean creativas y aptas para la vida cotidiana» (ibid, p. 815). Al mismo tiempo, señaló:

«Sin duda podemos observar el proyecto de reasignación anatómica emparejado con las psicopatologías básicas más variables, desde la paranoia y la depresión psicótica, hasta la anorexia y las constelaciones conflictivas en las diferentes etapas de la vida, desde la infancia y la adolescencia hasta la edad adulta, según la situación cultural.» (ibid. p. 813).

Otros autores ponen en duda el sentido mismo de interrogar la génesis de la transidentidad (Rauchfleisch, 2019). Sin embargo, para liberarse de preconcepciones normativas u objetivos e ideales implícitos en el proceso terapéutico, puede ser útil para el clínico poder representarse al menos un «cómo» (Heenen-Wolff, 2017).

El perfil psiquiátrico de las personas trans es, sin duda, muy preocupante si se tiene en cuenta la alta incidencia de depresión clínica, ansiedad, somatización y suicidio (Haas et al., 2014). Ahora bien, cabe preguntarse si las cifras aterradoras son consecuencia de

la transidentidad per se o si se deben, al menos en parte, al contexto psicosocial. Este último está en proceso de cambio, por lo que no podemos confiar en los estudios longitudinales de los resultados postoperatorios: la cirugía de reasignación de sexo está mejorando continuamente y la situación legal de las personas transexuales también está cambiando a su favor en muchos países. Lo más probable es que esto tenga efectos positivos en el bienestar postoperatorio.

Hay indicios de que el perfil de los transexuales ha cambiado en las últimas décadas. En los años 60 y 70, la gran mayoría de las personas que solicitaban una cirugía de reasignación de sexo eran diagnosticadas de trastornos de la personalidad o, incluso, de psicosis, mientras que los clínicos y expertos de hoy en día ya no cuestionan que una persona transexual pueda tener un funcionamiento neurótico (Gozlan, 2015; Gherovici, 2017; Preciado, 2016)⁴. La evocación y la descripción del fenómeno (por ejemplo, en los medios de comunicación), así como los cada vez mejores medios médicos (cirugía, tratamiento hormonal, etc.) han facilitado probablemente el acceso a una experiencia transidentitaria⁵. Además, el notable crecimiento del fenómeno⁶ -al menos su mayor visibilidad- podría ser un indicio de su «histerización»: sabemos hasta qué punto la histeria, pero también los trastornos psíquicos en general, pueden asumir nuevas entidades nosográficas y fenómenos psicosociales (von Braun, 1985), mientras otros desaparecen, como la histeria de conversión expresiva de la época de Freud. Esto no significa que la transidentidad pueda ser calificada de «histérica», ni tampoco como «moda» pasajera inducida por el grupo de iguales. Por otra parte, los fenómenos psíquicos y su forma de expresión pueden remitir, de forma más o menos directa, a las tendencias culturales: los valores, las ideologías y las estructuras de dominación determinan la forma en que se expresan los conflic-

⁴ El 18 de junio de 2018, la Organización Mundial de la Salud (OMS) borró la transexualidad del catálogo de enfermedades psiquiátricas. Esto fue en el marco de una investigación realizada a 250 personas transexuales en el Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz, en México (*Ciencia y Futuro*, agosto de 2018, p. 14).

⁵ En el pasado, hemos visto un fenómeno similar con respecto a la homosexualidad: debido al ostracismo social, mujeres y hombres han tenido que situarse en el extremo de la escala de Kinsey para no elegir una vida heterosexual en favor de la paz interior y exterior y del potencial bisexual original. El declive de la represión social ha “normalizado” fuertemente la homosexualidad.

⁶ No disponemos de estadísticas corroboradas, nos remitimos a las impresiones comunicadas por los profesionales en este contexto.

tos. Un ejemplo actual impresionante son las patologías referidas al mundo del trabajo, como el *burn-out*.

También es relativamente nuevo que los adolescentes, e incluso los niños, expresen claramente una aspiración transidentitaria (Ehrensaft, 2018).

Hipótesis

Mi hipótesis metapsicológica es que el yo es efectivamente un «yo corporal» (Freud, 1923b, p. 270), pero:

1) Su construcción *primaria* —que aporta el «núcleo del ser» (Freud, 1923b)— *precede* a lo «sexual»⁷ (Laplanche, 2003) y *a fortiori* a la identificación con el sexo anatómico propio.

2) La construcción de un yo corporal sexuado en función de la anatomía y la diferencia de sexos es el resultado de identificaciones *secundarias* más tardías.

En este texto propongo una concepción modificada del yo que tenga en cuenta lo «sexual» (Laplanche, 2003) para así llegar a comprender mejor la diferencia de las identificaciones primarias y secundarias como etapas psicodinámicas de la emergencia del yo.

Las identificaciones primarias y secundarias

Freud ya había señalado que las identificaciones primarias que constituyen el núcleo del yo (Freud, 1923b, p. 251) intervienen por debajo de los procesos de investidura y pulsionales: «Nosotros (...) vemos que [el yo] se forma a partir del sistema P (percepción) que es su núcleo y que abarca primero el *pcs* que se apoya en las huellas mnémicas» y «sólo el sistema preconscious-consciente debe ser reconocido como el núcleo del yo (Freud, *ibid.* y nota a pie de página). Y también: La identificación primaria «no parece (...) ser el éxito o el resultado de una investidura de objeto, es directa e inmediata

⁷ Uno de los conceptos clave en la obra de Laplanche (2003), quien crea el término francés “*sexual*” para referirse a la sexualidad infantil reprimida y diferenciarla de la sexualidad en sentido amplio que recoge el *sexuel* francés. Para marcar esta diferencia aparece entre comillas. (N. del T.)

y anterior a cualquier investidura de objeto» (*ibid.* p. 275, énfasis añadido). «Es un modo primitivo de constitución del sujeto sobre el modelo del otro, que no es secundario a una relación previamente establecida donde el objeto se plantearía primero como independiente» (Laplanche & Pontalis, 1967, p. 192).

La noción de *investidura*, por otra parte —y en contraste con la identificación primaria directa—, se refiere a las relaciones (más tardías) con los objetos pulsionales sexualizados y sexualizantes en las que se producen identificaciones secundarias, a su vez sexuales.

La investidura es una «energía psíquica» que está «unida a una representación (...) una parte del cuerpo, un objeto» (*ibid.*, p. 211). Las identificaciones secundarias surgen de la transformación de relaciones previas en identificaciones. Esta transformación requiere el abandono (parcial) del objeto significativo.

La construcción del inconsciente, la emergencia de la pulsión

Incluso si el adulto que se ocupa del niño inviste a este desde el principio en función de su sexualidad, implantando los mensajes correspondientes más o menos enigmáticos, quizás incluso contradictorios (Laplanche, 2003), un trabajo de traducción de estos mensajes que conducen a la emergencia del inconsciente y a la formación de una identidad sexual, sin embargo, solo puede hacerse después de la constitución de un núcleo del yo, dentro de identificaciones secundarias que son a su vez «un precipitado de las investiduras de objeto abandonadas, que contiene la historia de sus elecciones de objeto» (Freud, 1923b, p. 273).

Laplanche (1987) había conceptualizado que el inconsciente freudiano —a diferencia de la memoria «implícita» o «cognitiva» aislada por los neurocientíficos— no puede ser un dato innato que funcione casi automáticamente. Más bien, surge como resultado de las percepciones afinadas del niño en las interacciones con los adultos, sus traducciones incompletas o fallidas y los procesos de represión que siguen. El inconsciente freudiano está formado por elementos psíquicos que son significativos y tienen un impacto dinámico.

Por tanto, el inconsciente, la pulsión sería inherente, emerge durante el desarrollo del niño como resultado de las interacciones con los adultos (Laplanche, 1987). Freud había concebido la pulsión como una fuerza entre la psique y el soma cuyo origen no había sido determinado. En cambio, Laplanche considera que la pulsión no puede concebirse independientemente de las interacciones. Solo a partir de la matriz de la vida corporal y psíquica entre adultos y bebés, la pulsión —es decir, lo que empuja hacia o en contra de la satisfacción sexual (real o fantaseada) en la relación de objeto— puede convertirse en una fuerza motivadora en el niño. Por esta razón, los adultos que cuidan del niño son denominados «objetos-fuentes de la pulsión» (1987).

Entre el niño y el adulto, señala Laplanche, existe una asimetría fundamental, una «situación antropológica fundamental»: el adulto tiene un inconsciente sexual, mientras que el niño todavía no. Con el trasfondo de las mociones conscientes e inconscientes del adulto, cuyo inconsciente sexual infantil se moviliza especialmente en los intercambios con el niño, el cuerpo y las expresiones del infante se erotizan inevitablemente.

Por supuesto, esto no ocurre independientemente del sexo del niño.

De hecho, los adultos están obsesionados con la diferencia entre los sexos. «¿Niño o niña?» es la primera pregunta que debe responder la embarazada tras la ecografía. «El azul claro y el rosa» son los colores específicos del género para la ropa y la decoración; los que quieren escapar de los estereotipos eligen el verde o el morado; sin embargo, la cuestión de la diferencia de género no puede escaparse ni por la afirmación ni por la contrainvestidura.

Sin embargo, en un primer tiempo, el niño no sabe nada de «sexualidad», aunque desde el principio de la vida esté expuesto al «gendering» (identificación *como*/asignación *por* el adulto en función del sexo del niño de los correspondientes mensajes enigmáticos) y este hecho repercute rápidamente en su comportamiento. Un meta-análisis (Sandner & Schock, 2014) sobre las actitudes específicas de los padres en función del género hace evidentes las percepciones específicas y las actividades resultantes.

De nuevo: la «identificación»

¿Cómo nos imaginamos al bebé en esta relación asimétrica? Ve que está recibiendo leche y siente ternura en los brazos del adulto —quizá incluso de una manera que le confunde—; o siente estrés, indiferencia o incluso rechazo, lo que le resulta difícil. Intenta comprender esos mensajes, reacciona con sensaciones e imágenes internas. Solo consigue una comprensión parcial, es decir, una «traducción» satisfactoria. Esta situación puede dar lugar a afectos perturbadores que movilizarían a la fuerza dinámica que llamamos represión, que, a su vez, se centra en las percepciones que han quedado sin elaborar y que, por tanto, «molestan». Según Laplanche, es así como el inconsciente emerge de un «diálogo» con las percepciones más sutiles de las actitudes del adulto, que tienen su significado psíquico, pero son solo parcialmente traducibles.

Estos procesos tempranos se basan en percepciones y en las correspondientes identificaciones primarias: «yo soy el pecho, yo soy el que mama, yo soy el que bebe; yo identifico la voz, la persona que me cuida; yo no soy el pecho, no esa persona», y finalmente, frente al espejo: «este soy yo». Subrayemos con Freud que esas interacciones precoces están caracterizadas por procesos de identificación, pero no aún de investidura. (Freud, 1923b, p. 270 y nota a pie de página).

El estadio del espejo

Las reflexiones de Freud sobre la construcción de un yo primario⁸ y el reconocimiento de la diferencia sujeto/objeto en el contexto del proceso de investidura pulsional han sido retomadas y desarrolladas por otros autores. Tal como lo describió por primera vez Lacan (1940), y más tarde también Winnicott (1971), la identificación con la propia imagen en el espejo crea una conciencia de la propia imagen corporal. Se trata de una fase del desarrollo del niño entre el 6º y el 18º mes de vida. La imagen percibida en el espejo permite al niño desarrollar una primera conciencia de sí mismo.

⁸ En este texto se habla del “núcleo del yo”. (Freud, 1923b) y del yo “primario” en referencia a la identificación primaria.

Sin embargo, el estadio del espejo no es una simple operación perceptiva. Tiene su lugar en relaciones afectivas específicas: el niño no está solo frente al espejo, sino en los brazos de un adulto que le dice: ¡Eres tú! El niño es identificado por el adulto, lo que, a su vez, le permite identificarse a sí mismo y, en última instancia, identificarse consigo mismo. Tal identificación primaria es la condición para una investidura libidinal del propio cuerpo (autoerotismo como aspecto pulsional del narcisismo).

Durante estas interacciones frente al espejo, el niño desarrolla, evidentemente, un yo ideal⁹ primario, ya que anticipa su unidad tanto por su propia mirada en el espejo como por la mirada del otro: su maduración es anticipada tanto por él como por el adulto que lo cuida¹⁰. El niño se ve a sí mismo como autónomo cuando, en realidad, sigue siendo completamente dependiente de su entorno. Ve su unidad corporal, pero aún no la siente.

El yo especular es una ilusión en forma de un yo ideal, un yo narcisista grandioso, esencial para la constitución del yo, que permite un triunfo narcisista —un júbilo— tras una (presunta) concordancia entre el yo y el yo ideal. Como tal *reconocimiento* se basa en un *desconocimiento*, Lacan habla del «yo imaginario» (Lacan, 1948): *reconocerse* es al mismo tiempo *desconocerse*: el niño no se ve a sí mismo en el espejo, sino solo su imagen reflejada —y glorificada— por los ojos del adulto. Por eso, según Lacan, el yo solo puede ser un ideal desde el principio: el espejo da al niño la imagen de un cuerpo integrado y en dominio, que camufla su *Hilflosigkeit*. Esto no cambiará más adelante: lo que el individuo «proyecta ante sí como su ideal no es otra cosa que el sustituto del narcisismo perdido de su infancia, en ese momento él mismo era su propio ideal» (Freud, 1914c, p. 94).

Ideal del yo y del yo ideal

Freud había utilizado las dos nociones *ideal del yo* y *yo ideal* sin haberlas distinguido (Laplanche & Pontalis, 1967, p. 255). Lagache (1958) propuso más tarde considerar el yo ideal como una construc-

⁹ Seguiremos discutiendo la diferencia entre ideal del yo y yo ideal.

¹⁰ Por ejemplo, el adulto le habla al niño, mientras que este aún no tiene acceso al lenguaje.

ción anterior con respecto al ideal del yo. El yo ideal sería, en relación con el narcisismo, el ideal del yo que se sitúa en el marco de las relaciones con el objeto o su sustituto. El yo ideal puede traducirse como: lo que yo era antes, «su majestad el bebé» (Freud, 1914c), el ideal del yo «el que quiero ser».

En el marco de las relaciones con el objeto, el yo ideal asume una cualidad adicional, la de una imagen que el sujeto presume es deseable (también) para el otro. Este otro dice la «verdad» del yo en su relación con el yo ideal y, según la comparación, expresa o no su afirmación. Así, el yo tiene una relación ambivalente con el yo ideal; puede surgir una contra-identificación en relación al yo; más tarde, una contra-investidura.

El yo ideal se apoya, pues, en un ideal procedente del narcisismo infantil, mientras que el ideal del yo está relacionado con los valores positivos a los que tiende el individuo. Durante el paso del yo ideal al ideal del yo, el niño se hace más consciente de que evalúa la imagen de su cuerpo a un ideal que proviene de su ideal narcisista y que puede tender a metas más modestas.

Esto no es una opción para la persona transidentitaria, que vive con la *convicción* de que pertenece/que debe pertenecer al otro género. No es posible una modulación de la diferencia de género. La transformación hormonal y quirúrgica aparece desde el exterior como un ataque a la integridad del cuerpo —la remodelación del cuerpo para parecerse al otro sexo—, pero la persona transidentitaria la vive como un alivio ante el «fracaso» del yo ideal.

Esto es un indicio de que se trata de una problemática en torno al yo ideal en el marco de las identificaciones primarias y no en torno al ideal del yo y las identificaciones secundarias. A esto corresponde que la convergencia entre el yo ideal y el yo en vista de una reatribución sexual por el tratamiento explique el sentimiento de euforia, debido al narcisismo (júbilo), que reportan¹¹ muchas personas trans; una vez que el proceso de transición está en marcha, se sienten arrastrados y llevados por una «ola» positiva.

¹¹ Innumerables testimonios en Youtube

La identificación sexual y el yo ideal

Freud había escrito que detrás del yo ideal¹² «se encuentra la primera y más significativa identificación del individuo [...] con los padres, ya que al padre y a la madre, antes del conocimiento seguro de la diferencia de los sexos [...] no se les asigna ningún valor distinto» (Freud, 1923b, p. 275 y nota a pie de página, énfasis mío). Por el contrario, la identificación secundaria tiene lugar dentro de las relaciones de objeto que son libidinales, «sexual», y donde la diferencia de género es percibida (Laplanche, 2003); y el carácter (también sexual) del yo es «un precipitado de las investiduras de objeto abandonadas, contiene la historia de sus elecciones de objeto» (Freud, 1923b, p. 273).

Se puede plantear la hipótesis de que, en la persona transidentitaria, el reconocimiento erróneo en la etapa del espejo —inevitable para todo ser humano— consiste en la proyección del yo ideal en un cuerpo del sexo opuesto. Lógicamente, dicha proyección solo puede tener un efecto psíquico en una fase posterior, es decir, en el momento en que la «seducción generalizada», la «asignación de género» y los «mensajes enigmáticos» han dado lugar a un primer trabajo de represión y traducción por parte del niño; así, surgen las representaciones sexuales más estructuradas del propio cuerpo (Laplanche, 2003).

Esto no puede considerarse en modo alguno una simple etapa de desarrollo. Como subraya Freud, «los efectos de las primeras identificaciones que tuvieron lugar en la edad más temprana serán generales y duraderos» (Freud, 1923b, p. 275). El yo ideal en el contexto de las identificaciones primarias sigue teniendo efecto en las identificaciones secundarias, ahora sexuales. En el caso de la experiencia transidentitaria, podría ser que, en el momento de las identificaciones sexuales secundarias, el yo ideal (primario) sea «reconocido» como fallido. La persona transgénero experimenta —se identifica— *après-coup* en el «cuerpo equivocado».

Si el carácter sexual del yo es «un precipitado de las investiduras de objeto abandonadas» (Freud, 1923b, p. 273), en el caso de

¹² Freud escribe “ideal del yo”, pero en el sentido de Lacan y Lagache de un yo-ideal.

una persona transidentitaria de hombre a mujer, el abandono de las investiduras ineludibles de madre, hermana, etc. en el contexto de una autonomía creciente, llevaría a identificaciones secundarias, y el sujeto se sentiría cada vez más como el otro sexo¹³ —haciendo cada vez más insoportable el sentimiento de fracaso del yo ideal—.

Esto se ilustra en lo siguiente:

«Si uno se pone delante del espejo, normalmente referirá su yo —su imagen especular— a su yo ideal (...). Si la comparación parece favorable, el estado de ánimo mejora, si es desfavorable, empeora. En la anoréxica, la comparación del yo con el yo ideal se convierte en una especie de tortura» (Nemitz, 2013, traducido del alemán por la propia autora).

Esto también es cierto para la persona transgénero. La visión del propio cuerpo anatómico se vuelve insoportable. Pero esto no se refiere necesariamente a un fallo en la construcción del núcleo del yo y de las funciones yoicas en general.

«Frente al espejo, entran en juego tres instancias:

- El *yo*, en el sentido de que sostengo la imagen que veo como una imagen de mi propio cuerpo.
- El *yo ideal*, en relación con el cual mido mi retrato, el yo se activa en otro momento: como el que es evaluado a través de la comparación con el yo ideal.
- El *ideal del yo*, como la instancia para la que deseo ser atractivo, que por lo tanto es capaz de comparar mi yo con mi yo ideal y que puede, a través de esta comparación, decir la verdad sobre mí” (Nemitz, 2013, cursivas de la autora).

No hay pruebas que sugieran que las personas trans sean *per se* inadecuadas para esas funciones yoicas, aunque la convicción de fracaso o error sea especialmente exacerbada y la adaptación del cuerpo al yo ideal sea especialmente exigente.

Insistamos de nuevo en que la identificación primaria no está aún organizada en función del género. Podemos suponer que las personas

¹³ Por otro lado, el niño que se identifica con el padre puede salvaguardar la investidura libidinal de la madre (Freud, 1923b).

transidentitarias -neuróticas- tienen un yo primario, que se viven a sí mismas —por debajo de la diferencia de sexos— de forma coherente y que, en un principio, habían investido narcisistamente su cuerpo cuando este aún no se experimentaba como de “género». En un *après-coup* a las identificaciones secundarias —«sexuales»— esta identificación primaria en relación con el Yo Ideal se reconoce como un fracaso. El resultado es una contra-identificación y posteriormente una contra-vestidura en el propio cuerpo anatómico de género.

El «género» precede a la identificación de la diferencia entre los sexos

Antes de que el niño se descubra masculino o femenino y se identifique, tras la constitución del núcleo del yo, ha realizado un largo recorrido, pavimentado con las representaciones, actitudes y comportamientos de todos los que se ocupan de él, así como la forma en que él los traduzca e integra y se identifique o contraidentifique con ellos. Hemos visto que el niño recién nacido ya será «asignado», es decir, investido específicamente según su género, por supuesto, con el telón de fondo de las representaciones conscientes e inconscientes del adulto. El niño está expuesto a esta asignación de forma radical. La noción de «género» se refiere al hecho de que se necesita toda una serie de convicciones para sentir que se pertenece a uno de los dos grupos sociales definidos como «masculino» y «femenino» o «la convicción de que la asignación a uno de estos dos grupos ha sido correcta» (Dejours, 2003, p. 64).

¿Cómo reposa esta asignación en un mensaje, un mensaje enigmático? Señalar a un niño que es un niño o una niña parece un proceso evidente. Pero, ¿qué significa que el adulto le diga al niño «eres un niño»? Cuanto menos rígidos sean los códigos sociales, menos determinada/saturada será la asignación. Si un adulto le dice a su hija: «tú eres una niña», está transmitiendo al mismo tiempo todo lo que piensa sobre los niños y las niñas, pero también sus dudas sobre lo que constituye exactamente la identidad de género. La asignación es mucho más que una simple detección del sexo biológico y la correspondiente determinación social del nombramiento. La asigna-

ción toma la forma de un mensaje «comprometido» por el inconsciente del adulto. El género como resultado de las investiduras y los mensajes precede al descubrimiento de la diferencia de sexos y a la identificación con el propio sexo anatómico (Laplanche 2006).

Vemos aquí cuántas puertas de entrada existen en el despliegue de la sexualidad infantil polimorfa para que haya fijaciones, desvíos, caminos laterales y también, gracias al *après-coup*, fenómenos transidentitarios.

El descubrimiento estructurante de la diferencia entre los sexos

Este descubrimiento enfrenta al niño con la binaridad femenino/masculino, presencia/ausencia, pene/ausencia de pene, también con el enigma de la procreación, con la frustración de pertenecer a un solo sexo con el que se «supone que se identifica», si no hay contraindentificación y contrainvestidura. El niño se enfrenta al imperativo psíquico y social de tomar una posición en referencia a la binaridad sexual. El sexo asume aquí el papel de organizador del «género» polimorfo (Lattanzio, 2018).

Señalemos, de paso, que en el momento de la recuperación de la *sexualidad infantil polimorfa-perversa* para las teorías queer, la cuestión de la estructuración inevitable y necesaria —y que va de la mano del descubrimiento («castrante») de la diferencia de los sexos— es descuidada; solo tal descuido permite postular la idea de que podríamos permanecer en esta polimorfia:

«Sin embargo, el niño debe dominar, reducir la diversidad. Es lo que he llamado la lógica fálica, que Jacques André resume mejor en la siguiente frase: «la primacía del falo es el pilar de una síntesis y no la última palabra del análisis, síntesis que el niño, en su teoría sexual, opera mucho antes que el psicoanalista». Reducir lo diverso a lo mismo, o en todo caso a lo más/menos, es la función de la reacción de castración, «reacción de castración temprana». (...) La reacción de castración temprana es una reacción a la diversidad a través de la diferencia, y una respuesta a la diferencia a través de la teoría de la castración» (Laplanche, 2001, p. 107).

La anatomía sexual —ya sea masculina o femenina— es «roca», como pensaba Freud, «la anatomía es el destino» (Freud, 1912d). En el caso de la transidentidad, debido a la energía psíquica necesaria para alcanzar el «verdadero» género, esto es particularmente trágico. Las sensaciones corporales en relación con la anatomía, así como las fantasías emergentes, organizan, a su vez, la elaboración del género precedente; la anatomía sexual guía la auto-posición del niño en la escena originaria, las fantasías de penetración/ser penetrado, la concepción y la procreación, así como las ansiedades y los deseos sobre el cuerpo del propio sexo y del otro sexo, como la ansiedad de castración, la envidia del pene, etc.

Y aunque el niño continúe amando a los adultos (también) independientemente de su pertenencia sexual, puede identificarse con ambos géneros y persiste la «bisexualidad originaria» (Freud, 1905d), el descubrimiento de la diferencia de los sexos tendrá consecuencias decisivas para la identificación sexual subjetiva y para la orientación hacia el «complejo de Edipo completo» (Freud, 1923b). Resultando (contra-) identificaciones y (contra-)investiduras psico-sexuales secundarias más estructuradas, que encuadran el polimorfismo infantil, es decir, lo «sexual» fragmentado; se podría hablar de una inevitable «castración» hacia la constitución de un yo sexual estable. (Tarelho & Lattanzio, 2016).

El género y el complejo de Edipo

Para pensar en la emergencia de una experiencia transgénero, es interesante considerar también los procesos identificatorios en el marco del desarrollo edípico:

«Cuando el complejo de Edipo se desmorona, hay que abandonar la investidura de objeto de la madre [Freud habla del niño]. En su lugar pueden venir dos tipos de cosas, o bien una identificación con la madre o bien un fortalecimiento de la identificación con el padre. Este último resultado es el que estamos acostumbrados a considerar como el más normal, ya que permite mantener en cierta medida la tierna relación con la madre. Debido a la desaparición del complejo

de Edipo, la masculinidad en el carácter del niño se habría consolidado. De manera bastante análoga, la posición edípica de la niña puede conducir a un fortalecimiento de su identificación con la madre (o a la instauración de esta) que establece el carácter femenino de la niña» (Freud, 1923b, p. 276).

Ya habíamos visto con Freud que las identificaciones secundarias son el resultado de investiduras de objeto abandonadas. Él mismo señala esta puerta de entrada para las identificaciones sexuales «cruzadas»; escribe, sorprendentemente:

«Estas identificaciones no corresponden a nuestra expectativa, porque no introducen el objeto abandonado en el yo, pero este resultado también se encuentra y es más fácil de observar en las niñas que en los niños. Con mucha frecuencia aprendemos del análisis que la niña, después de haber tenido que renunciar al padre como objeto de amor, ahora saca su masculinidad y en lugar de identificarse con su madre, se identifica con el padre, por lo tanto, con el objeto perdido. Aquí, por supuesto, depende de si las predisposiciones masculinas son lo suficientemente fuertes, sean cuales sean» (ibid., p. 276).

En el estado actual de la investigación, podemos entender con Laplanche (1992) esta «predisposición» como resultado del «gendering»: la identificación/asignación por parte del adulto de los mensajes enigmáticos y su traducción por parte del niño, así como las identificaciones subjetivas que se derivan de ello.

Freud siempre hizo hincapié en el entrelazamiento de las identificaciones primarias y secundarias:

«Entendemos que, con la vacante del complejo de Edipo, el niño ha tenido que renunciar a las intensas investiduras de objeto que había depositado en sus padres, y es en compensación por esta pérdida de objeto que las identificaciones con los padres, *presumiblemente presentes durante mucho tiempo*, se fortalecen tanto en su yo. Tales identificaciones, como precipitados de investiduras de objetos abandonados, se repetirán más tarde en la vida del niño muchas veces, pero es totalmente coherente con el valor sentimental de esta primera instancia de tal transposición que *el resultado de la misma ocupe un lugar especial en el yo.*» (Freud, 1933a, p. 147, cursivas de la autora).

Freud también había distinguido entre «querer ser» (yo ideal) y «querer tener» (ideal de yo): «querer ser» en el marco de la identificación primaria, «querer tener» en el marco de las identificaciones (sostenidas por la pulsión).

Recordemos que, en el conflicto edípico, se producen identificaciones secundarias, ya que se abandona la investidura de objeto. Este abandono, según Freud, puede referirse a un objeto masculino o femenino, significativo para el niño. Una identificación primaria con un cuerpo del otro sexo puede, a través de identificaciones secundarias y sus secuelas, conducir a una experiencia transidentitaria.

La creciente visibilidad del fenómeno

Como hemos visto, la implantación de asignaciones sexuales por parte de los adultos, el «gendering», es también una implantación de dudas. La certeza de lo que es esencialmente «femenino» y lo que es esencialmente «masculino» se ha visto socavada en las últimas décadas. Las identidades sexuales se han vuelto menos determinadas, más abiertas. Aquí, de nuevo, podemos citar a Freud.

«Cada persona tomada aisladamente presenta más bien una mezcla de su carácter sexual biológico y de los rasgos biológicos del otro sexo, y un ensamblaje de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos psíquicos dependen de los biológicos como en la medida en que son independientes de ellos» (Freud, 1905, p. 158).

Hace unas décadas, había que identificarse de forma inamovible y rígida como trans para poder afrontar, a pesar de los malos resultados quirúrgicos, el ostracismo social e incluso la sanción penal, el acceso a su «verdadero» sexo. Como resultado, el funcionamiento psíquico de la persona transidentitaria era quizás particularmente poco flexible.

Sin duda, la diferencia de sexos organiza y simboliza la diferencia de género, a nivel inconsciente y consciente, los límites del cuerpo, las oposiciones entre lo interno y lo externo, de la penetración y la receptividad, y contribuye así a una primera representación y a la constitución de un sentido permanente y estructurante del yo (Fe-

dern, 1926) (Tarelho & Lattanzio, 2016). Paradójicamente, la importancia de la diferencia de sexos para la persona transexual (así como para cualquier sujeto) es un ejemplo más.

El valor simbólico y estructurador de la diferencia de sexos podría ser también una razón por la que, a pesar de la ínfima prevalencia del fenómeno transidentitario, hay tanto interés en él. E incluso para quienes aspiran a trascender explícitamente la diferencia de género (queer, etc.), esta sigue siendo, irónicamente, el eje de su identidad, aunque esté contrainvestida.

BIBLIOGRAFÍA

- Benjamin, H. (1954): Transvestism and Transsexualism as Psycho-Somatic and Somato-Psychic Syndromes. *American Journal of Psychotherapy* 8, nº2.
- Bockting et al. (2013): Stigma, Mental Health and Resilience in an Online Sample of the US Transgender Population. *American Journal of Public Health*. 103.5 943-951. PMC Web.
- Dejours, C. (2003): Pour une théorie psychanalytique de la différence des sexes. *Libres Cahiers pour la psychanalyse*. Paris, Inpress, 55–67. Trad. Esp. In *Alter Revista de psicoanálisis*, 2, septiembre 2006.
- Ehrensaft, D. (2016): *The gender creative child: Pathways for nurturing and supporting children who live outside gender boxes*. American Psychological Association. New York (The Experiment).
- Freud, S. (1905): Trois essais sur la vie sexuelle. OeC VI. 59-181.
- Freud, S. (1914): Pour introduire le narcissisme. OeC XII. 213-245.
- Freud, S. (1917): Leçons d'introduction à la psychanalyse. OeC. XIV.
- Freud, S. (1923b): Le moi et le ça. OeC XVI.
- Freud, S. (1933a): Nouvelle suite des leçons d'introduction à la psychanalyse. OeC XIX.
- Gherovici, P. (2017): Transgender psychoanalysis. A Lacanian Perspective on sexual difference, Routledge: New York.

- Gozlan, Oran (2015) *Transsexuality and the Art of Transitioning: A Lacanian Approach*, London: Routledge, 2015, pp. 104.
- Haas et al. (2014): *Suicide Attempts among Transgender and Gender Non-Conforming-Adults*. School of Law, The William Institute. <http://williaminstitute.law.ucla.edu/wp-content/uploads/AFSP-Williams-Suicide-Report-Final.pdf>.
- Heenen-Wolff, S. (2017): *Contre la normativité en psychanalyse*. Paris (Edition inpress).
- Lacan, J. (1948): Le stade du miroir comme formateur de la fonction du Je telle qu'elle nous est révélée dans l'expérience psychanalytique, in: *Écrits*. Editions du Seuil: Paris. 93-100.
- Laplanche, J. & Pontalis, B. P. (1967): *Vocabulaire de la psychanalyse*. Paris: PUF.
- Laplanche, J. (1992): *La sexualité humaine, Biologisme et Biologie*. Institut Synthélabo. Collection des empêcheurs de penser en rond, Paris: PUF 1999.
- Laplanche, J. (2001). À partir de la situation anthropologique fondamentale, in: Laplanche, J. (2006): *Sexual. La sexualité élargie au sens freudien*. Paris: PUF 2007. 95-107.
- Laplanche, J. (2003): Le genre, le sexe, le sexual. In: *Libres cahiers pour la psychanalyse. Etudes sur la Théorie de la séduction*. Paris: Inpress, 69–103.
- Laplanche, J. (2006): *Sexual. La sexualité élargie au sens freudien*. Paris: PUF 2007.
- Lattanzio, F. (2018): Conférence Journées Laplanche, St. Jacut, Juli 2018.
- Nemitz, R. (2013) *Lacan entziffern*, Blog 31, Juli 2018.
- Preciado, Paul B. (2016) *Testo Junkie: Sex, Drogen und Biopolitik in der Ära der Pharmapornografie*, B books.
- Quinodoz, D. (1998). A Female Transsexual Patient in Psychoanalysis. *Intern. Journ. Psychoanalysis* 79.
- Sandner, M. & Schock, M. (2014): Geschlechtsspezifisches elterliches Verhalten gegenüber Kleinkindern – eine empirische Untersuchung. In: Thomas Mößle, Christian Pfeiffer & Dirk Baier (éd.): *Die Krise der Jungen. Phänomen-beschreibung und Erklärungsansätze*. Berlin. (Nomos Verlagsgesellschaft), 97-112.

- Stein, R. (1995): Analysis of a case of Transsexualism. *Psychoanalytic Dialogues* 5:257-289.
- Stoller, R. (1968): Sex and Gender, Hogarth: London.
- Tarelho & Lattanzio (2016) *Après-coup*, 2, August 2018.
- Von Braun, C (1985): Nicht-Ich. Logik, Lüge, Libido. Verlag Neue Kritik: Frankfurt.
- Winnicott, D (1971): Playing and Reality. London: Tavistock.